por ello los plácemes más sinceros. Aunque quienes de verdad estamos de enhorabuena somos todos los que, a los dos lados del océano y por todo el universo mundo, compartimos tales ideales. Somos nosotros.

MIGUEL AYUSO

ESPAÑA, LA IGLESIA Y LA REVOLUCION EN LA HISTORIA DE LA GUERRA: *John Keegan:* HISTORIA DE LA GUERRA (*)

Aparece traducido al castellano el libro *Historia de la guerra* del historiador militar británico John Keegan, profesor civil de la Academia de Sandhurst.

Se trata de un libro de coronación de carrera; una síntesis, muy atractiva y equilibrada, de toda la historia bélica de la humanidad en sus grandes trazos: una serie de reflexiones sobre los grandes cambios en la guerra y en la milicia, sus causas y consecuencias, y no de un breviario de nombres y fechas.

Como obra de síntesis original, no se apreciará ni se gustará sin un cierto conocimiento del tema, que también sería necesario para poder discutir o criticar cada una de sus conclusiones sin tener que darlas por buenas. Hay que añadir que toda la bibliografía manejada, de ningún modo exhaustiva, es de lengua inglesa.

Ahora bien, si desde el Pecado Original la historia del mundo ha sido una historia henchida de contiendas, forjada por las armas y dirigida sobre todo por guerreros, esta síntesis de historia militar mundial ofrece un buen marco de comprensión de la Historia Universal, aunque el orden de exposición no sea rigurosamente cronológico, pues lo rige la atracción de temas análogos.

Se da la particularidad de que, haciendo justicia a la Antigüedad, no se prima en extensión a los modernos y contemporáneos, de igual modo que no es eurocéntrica.

Los nombres de sus diversas partes, muy originales, pretenden destacar los hitos que han marcado según su criterio el desarrollo de la guerra:

— *Piedra*. Con el que se remite a la guerra de los pueblos primitivos «bajo el horizonte militar», y a la forma ritual de abordarla, que sólo en ocasiones excepcionales llegaba

(*) Editorial Planeta, Barcelona, 1995, 499 págs.

Fundación Speiro

a causar grandes pérdidas humanas. Período que se ha de dar por terminado cuando las obras de fortificación atestiguan la existencia de ataques en regla, que sólo pueden ser emprendidos «sobre el horizonte militar»: ha aparecido el armamento de bronce y los ejércitos netamente organizados, cuyo primer paradigma será el asirio.

— *Carne.* Con el que se remite al papel militar del caballo plataforma de arqueros (primero tirando de carros de guerra, y luego cabalgando) que confiere la movilidad estratégica —aparte de la ventaja táctica— necesaria para la aparición de grandes movimientos de pueblos conquistadores procedentes de las estepas. Se agrupan ahí desde los hicsos y hurritas a los hunos, musulmanes, turcos y mongoles.

— *Hierro.* Que se refiere al papel revolucionario del armamento de hierro, metal más duro y afilado, y todavía más abundante y barato que el bronce, en multiplicar la extensión y mortandad de las guerras.

Pero, sobre todo, se centra en el salto cualitativo que supusieron la forma de hacer la guerra de los griegos, buscando la batalla decisiva en el choque de falanges; la aportación romana del ejército perfectamente estructurado con cuadros profesionales y tácticamente versátil por la integración de unidades menores (centuria, manípulo, cohorte) en la legión; y la constitución del régimen feudal cuando, a la caída del Imperio Romano, Europa se convirtió en un continente sin ejércitos.

— Y, finalmente, *fuego.* Donde se refiere a la repercusión de la pólvora, que produjo una súbita modificación de las modalidades de la fortificación, el dominio de la artillería y el mosquete en el campo —y en el mar— de batalla, y luego al impacto de la revolución industrial en la fisonomía de la guerra, aumentando al mismo tiempo la mortandad y las exigencias logísticas.

Como interludios, Keegan hace una serie de reflexiones sobre los límites naturales que se imponen a la guerra o las diferentes formas de reclutamiento de los ejércitos y de fortificación.

El libro entero consiste en una polémica constante contra la idea clausewitziana de la guerra, culpable de teorizar la guerra total y a ultranza que hemos visto en nuestro siglo. Pero relaciona la idea de esta guerra hasta sus últimas consecuencias con la

Fundación Speiro

que denomina forma de guerra occidental, que contrapone a la de los primitivos y orientales, y que, a partir de las falanges griegas, consistiría en la ética de no rehuir el choque buscando la acción decisiva: ética que reaparecería en la caballería medieval y los combates de galeras y navíos. De este modo, desvía en parte la responsabilidad de las mortandades de la reciente guerra absolutivizada hacia dicho modo occidental de hacer la guerra, existente desde el principio de la historia europea.

Pensamos que en este punto el énfasis anti-clausewitziano le lleva demasiado lejos, pues destaca más en la guerra popular prolongada de Mao (pág. 452) el abolengo oriental de su táctica (evasiva o dilatoria) que la determinación estratégica de extender la guerra a toda la población y proseguirla hasta la aniquilación del contrario en nombre de la revolución. El mismo Keegan facilita en su libro tres consideraciones al respecto: el interés en provocar las represalias por parte de la guerrilla titoísta para forzar a la población a tomar partido (pág. 78); el hecho de que desde el lanzamiento de la segunda bomba atómica han muerto en guerra decenas de millones de personas por obra de armas baratas más que en grandes encuentros (pág. 83); y la inmensa proporción de muertos que ha costado esa forma de guerra propagada con el triunfo de Mao, hasta el punto que donde hubo guerra popular «su coste en vidas desafía a la imaginación» (pág. 81) y, por los datos que aporta de Yugoslavia o Argelia, es, siempre en proporción a la población, incluso superior a las sangrías de la Gran Guerra (cfr. págs. 79, 81-82 y 435). En nuestro siglo, sin que el armamento marque la diferencia, más que el choque ha sido la abolición deliberada de restricciones la mayor responsable de muertes.

Y el final, pretendidamente alentador, resulta decepcionante por cuanto no hace ninguna apelación moral, y menos cristiana, y se limita a afirmar que los hábitos de los primitivos merecen reaprendizaje: la restricción, la convención, y hasta el ritual, porque el triunfo del modo occidental de hacer la guerra, irresistible frente a las otras culturas militares, vuelto contra sí mismo en luchas intestinas, nos lleva al borde de la autodestrucción (págs. 458 y 465-466).

Uno se pregunta si, además de un esfuerzo cristiano por la paz, y puesto que la tecnología no se puede desinventar, no debería buscarse más la solución en la renuncia a la guerra total de raíz ideológica, inspirándose para hacerla en modelos mucho más próximos que los de culturas primitivas, como los anteriores a la Revolución Francesa.

* * *

Fundación Speiro

Pero el libro, aparte de lectura interesante para los aficionados a la historia en su faceta más militar, se presta a algunas consideraciones patrióticas y políticas.

No es falso afirmar que la Península Ibérica se encuentra en la periferia de Europa, lo cual se refleja en la historia universal, en cuyo eje apenas se han situado las naciones hispánicas durante siglo y medio. Pero, de todos modos, duele el comprobar hasta qué punto las gestas hispánicas, en este caso militares, son ignoradas (giro que posee en castellano un doble sentido) fuera de nuestras fronteras. Y, más aún, cómo luego consumimos, traducidos, libros de historia sin la menor perspectiva española, cuando sí la tienen en cambio, y muy acusada, anglosajona o francesa.

Es deber de las letras españolas, cuando tanto se habla de cultura, procurar producir estudios dignos de interés universal como el que reseñamos, en cualquier caso, hacer justicia a nuestra rica historia nacional y, los traductores y editores, no limitarse a traducir, admitiendo sin más cuanto dice el autor, sino completando o polemizando con el mismo, mediante las hoy olvidadas notas del traductor o del editor, o los apéndices exprofeso para españoles, que son una forma de diálogo cultural en que el puntualizar demuestra la capacidad de seguir al autor, y de alternar con él a su misma altura.

En la obra de Keegan, hasta la Edad Moderna sólo se hace alusión a España para afirmar que «los reyes de la Reconquista lucharon contra el islam con una crueldad que el propio Gengis Khan habría aplaudido. La guerra *à outrance* arraigó realmente en España, y no es una fantasía apuntar que el atroz destino de incas y aztecas —estos últimos inmersos aún en el entrañable pero inapropiado ceremonial de las batallas floridas— a manos de los conquistadores españoles debe su origen al propio Gengis Khan» (pág. 264).

No se comprende cómo, ante opinión tan injusta y ofensiva, ni traductor ni editor se sienten llamados a anotar que, cuando intervinieron cruzados europeos en la Reconquista, más de una vez casi nos acusaron de connivencia con los musulmanes; que resulta escandaloso considerar aquí «entrañable» a la crueldad de las costumbres aztecas, culminadas en el «inconcebible martirio» que ha descrito con gran detalle en páginas anteriores (142-151), y, en cambio, olvidar que el destino «atroz» que brindaron a los amerindios los españoles no fue comparable al de los «pieles rojas», pues condujo a una asimilación, no al exterminio; que «la diseminación de enfermedades es más letal que la guerra» —principio que él mismo recuerda (pág. 274) y a nada es de mayor aplicación que al Nuevo Mundo—; y que, por último, en

Fundación Speiro

la inmediata y abundante fundación de ciudades y misiones cuesta reconocer la obra destructiva del «precursor» mongol (1).

Podemos comprender que Keegan considere más trascendente la imitación del ejemplo Templario y Hospitalario por la Orden Teutónica —que está en el origen de la Prusia moderna— que a las órdenes militares españolas (págs. 357-358) y hay que reconocer que hace justicia a la infantería española y su innovación del Tercio —que no nombra— en la época experimental de transición del combate al arma blanca al de fusileros (págs. 391-400).

No ocurre lo mismo cuando omite toda referencia a las guerras transmediterráneas de las repúblicas marítimas italianas y de la corona de Aragón. Menos aún el referirse a los barcos colombinos como «del tipo de los existentes en el norte de Europa» (pág. 405), confundiendo atlántico con septentrional, e ignorando el progreso naval propio de portugueses y andaluces durante el siglo XV.

La conquista de América, proeza no menos extensa y rápida que la de los mongoles, pero con medios insignificantes, acometiendo lo desconocido, y de resultados mucho más positivos y perdurables, no merece más comentario que afirmar que «destruyeron» las civilizaciones azteca, maya e inca, porque el estilo ritualizado de combate no era adecuado para enfrentarse a los «europeos» que luchaban para vencer, y con la ayuda de unas docenas de caballos, a los que atribuye la ventaja decisiva (*ibídem*), sin aludir ahora a la «fuerza de la idea» por la que explica el éxito de los ejércitos árabes que tacha de mediocres (págs. 239-244), y más tarde a los independentistas de las dos américas o a los revolucionarios franceses. La mayoría de los historiadores antes habrían sostenido el contagio en la Reconquista de la guerra de ideal, religiosa, santa, que el de la remota crueldad mongola.

Y su pretensión de una visión global conduce a frases tan equívocas como «... [los navegantes europeos] se vieron inmer-

(1) En realidad, el traductor parece ignorar que el río Scheldt es el Escalda, teatro de una gran hazaña de la ingeniería militar española (pág. 392); que Newfoundland es, simplemente, Terranova (pág. 432); que a los primeros emperadores romanos se les conoce en español por dinastía Julio-Claudia y no julioclaudiana (pág. 336); mayor dislate es que el caballero francés Bayard o Bayardo, reconocido como personaje individual en la pág. 399, sea convertido antes (pág. 61) en un genérico y absurdo «caballero boyardo francés» del que, sin embargo, se cuenta idéntica anécdota. Sin duda suena más la película de Eisenstein.

Para traducir no sólo hay que conocer la otra lengua, sino la propia, y tener una amplia cultura de la materia de que se trata para manejar el acervo de términos específicos con que en castellano se denominan los lugares de la geografía y los sucesos de la historia.

Fundación Speiro

sos en conflictos unos con otros en mares lejanos... Los holandeses fueron los primeros en llegar a la costa de Coromandel al este de la India en 1601, alcanzadas por los ingleses ocho años después; ambos no tardarían en enfrentarse en el Indico a los portugueses ...». Los reyes lusitanos llevaban cien años señoreando «la conquista, comercio y navegación de Etiopía, Persia y la India» cuando los holandeses fueron los primeros... en llegar a disputárselo.

Finalmente, es otra injusticia decir que la táctica de convoyes con que Inglaterra salvó la crisis marítima de la Primera Guerra Mundial fue «un retorno a la práctica del siglo XVIII» (pág. 433). España mantuvo una larga, y además exitosa, Batalla del Atlántico en que las Flotas de Indias eran verdaderos convoyes escoltados, justo durante los dos siglos anteriores al XVIII.

Los convoyes transatlánticos, con los Tercios de infantería, los conquistadores de América y la guerrilla antifrancesa son posiblemente las mayores contribuciones españolas a la historia de la guerra.

Pero, por otra parte, si España no aparece destacada en esta historia global de la guerra tal vez sea porque el protagonismo en ella se reserva a los innovadores que, con sus triunfos militares, han construido sus imperios. Y la unidad española, como inmediatamente después el imperio español de los Austrias, tuvo un origen mucho más pacífico que los demás. Un mapa histórico de la construcción de la Francia o la Prusia modernas es una sucesión de franjas coloreadas indicando las conquistas de cada guerra, lo cual no sirve para las Españas: si los reinos españoles se forjaron en la Reconquista, la unidad nacional y la hegemonía europea no fueron fruto de conquista (salvo las campañas de Nápoles), sino del matrimonio y de la herencia. El Imperio Español, conquistador en ultramar, observó en el Viejo Mundo un planteamiento eminentemente defensivo frente a turcos y protestantes; siendo la conquista de presidios africanos, o la varias veces intentada empresa de Inglaterra, mera devolución de la guerra a territorio enemigo.

* * *

En cambio, otros aspectos de trascendencia más universal quedan suficientemente apuntados en el libro que comentamos: los papeles respectivos de la Iglesia y la Revolución respecto de la guerra.

Refiriéndose a la Edad Media, Keegan afirma sin ambages que «una Europa posromana sin la Iglesia de Cristo habría sido

Fundación Speiro

un mundo bárbaro; los restos de las instituciones civiles romanas eran demasiado débiles para constituir un marco reconstructor del orden y, al faltar un ejército disciplinado, todo el continente habría vuelto a caer por debajo del "horizonte militar" en conflictos endémicos territoriales y de derechos tribales» (pág. 350).

Y, como principal fruto de las Cruzadas, encuentra que los caballeros medievales «cada vez asimilaron más el código guerrero que los motivaba al llamamiento de servicio a la cristiandad», de modo que para ser caballero ya no bastaba con tener armas, caballo y señor, sino que el juramento de lealtad, del mero refrendo de un contrato de interés recíproco, pasó a compromiso de «actuar de modo caballeresco, lo que significaba llevar una vida honorable e incluso virtuosa».

Si a esto añadimos que «en la fundación de las órdenes militares puede percibirse el origen de los ejércitos regimentados que surgieron en Europa en el siglo XVI» debemos concluir que, a los ojos de un reputado historiador militar, Europa no sólo debe a la Iglesia la predicación y extensión de la paz, o la dilucidación de la cuestión de la guerra justa, sino incluso el propio instrumento militar: una ética exigente específica de los guerreros, el mantenimiento de ejércitos «sobre el horizonte militar», e incluso el ejemplo de disciplina y uniformidad de las órdenes militares.

La verdad es que cuando afirmamos que la Iglesia es la madre de Europa lo creemos muy insuficientemente, y no apreciamos hasta qué punto el cristianismo inspiró sus realizaciones en todos los aspectos, hasta las que puedan parecer más extrañas, produciendo bienes superiores a toda esperanza humana (2).

* * *

Keegan se refiere ampliamente a los medios mecánicos que han multiplicado exponencialmente la logística y el poder destructivo de los ejércitos contemporáneos, pero no cae en la trampa determinista: los ferrocarriles y los alimentos enlatados han posibilitado la movilización masiva para la guerra, pero el origen de la conscripción universal es ideológico y se remonta claramente a la Revolución Francesa, algo anterior.

La Revolución Francesa trajo consigo la militarización de la sociedad europea, que en veinte años hizo que las grandezas y servidumbres de la vida del soldado, reservadas a unos pocos, se convirtieran en experiencia común de la mayoría en una generación (pág. 417). Y no fue un resultado casual: la *levée en*

(2) Según la frase de León XIII en *Immortale Dei* § 9.

Fundación Speiro

masse obedecía tanto al propósito de extender militarmente la Revolución por Europa, cuanto a un «frenesí de igualdad» por el que conceder a la mayoría el privilegio hasta entonces minoritario de llevar armas, que significaría la plena libertad legal asociada a la condición aristocrática de guerrero (págs. 434-435).

El propio Keegan reconoce que Clausewitz fue el arquitecto de la Primera Guerra Mundial sólo en la medida en que existió un estado de ánimo, sin precedente en Europa, que admitió el derecho del Estado a hacer de todo varón un soldado. Hasta el punto de que la implantación de la conscripción universal en los Estados progresistas europeos quedó equiparada al derecho al voto (pág. 286).

Liberalismo y nacionalismo ideológicos militarizaron Occidente, asumiendo la lógica de llevar las guerras hasta sus últimas consecuencias, que fueron (Secesión Americana, Gran Guerra y Segunda Mundial) más mortíferas que ninguna otra conocida, no sólo en la millonaria cantidad de bajas mortales, que podría atribuirse al armamento, sino en proporción a la población y por su impacto social en la inmensa mayoría de las familias de los contendientes.

Así, también la historia de la guerra viene a ser una corroboración más de la maldad de la Revolución, patente en sus frutos más sangrientos.

LUIS MARÍA SANDOVAL

Andrés Caso Sanz: UN KILO DE VERSOS (*)

Acaba de publicarse el libro *Un kilo de versos,* del doctor Andrés Caso Sanz.

El doctor Caso, colaborador permanente de esa querida revista, el quincenal navarro *Siempre p'alante,* nos ofrece aquí una recopilación de sus versos.

Los que ya conocemos su estilo no podemos sorprendernos de esa habilidad suya como versificador, como cronista de actualidad, e incluso como humorista, pues lleva ya muchos años ayudándonos a reir en vez de llorar ante el caos político y religioso en que se ve sumida España, poniendo siempre el dedo en la llaga social de manera certera, con ironía, y también con un profundo sentimiento que se deja traslucir en todas sus composicio-

(*) Ansoain, Navarra, 1994.

Fundación Speiro